

RAFAEL LANDIVAR

Nació en Guatemala el 27 de octubre de 1731 y murió en el destierro en Bolonia el 27 de septiembre de 1793.

Autor de una *Funebris Declamatio pro justis a Societate Jesu exolvendis in funeri Illmi. Dom. Francisci Figuerero et Victoria, Popayanensis primum Episcopi, de inde Guatemalensis Archipraesulis* (1766) y de la *Rusticatio Mexicana* "escrita en hexámetros latinos y que puede considerarse como una de las obras poéticas de la Colonia que logra auténtico mestizaje literario". Landivar fue llamado por Menéndez y Pelayo, "uno de los más excelentes poetas que en latinidad moderna pueden encontrarse". En su obra nos deja hermosa y noble descripción del campo mexicano y de sus formas de vida.

La *Rusticatio* ha sido traducida en prosa por Ignacio Loureda Carro y en verso por el P. Federico Escobedo. El mejor estudio crítico se debe al notable humanista Octaviano Valdés, quien lo publicó al frente de una nueva versión que tituló Rafael Landivar, *Por los campos de México*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942, XXVI-218 p., ils., (Biblioteca del Estudiante Universitario 34.)

Excelentes trabajos son los de J. Antonio Villacorta C. "Estudios biobibliográficos sobre Rafael Landivar" en *ASGHG*, t. VIII, no. 4, junio 1932, pp. 466-520; Manuel I. Pérez, A.S.J., "El Padre Rafael Landivar, S. J." *ASGHG*, año XXV, no. 3, sept. 1951, pp. 276-285 en donde publica la biografía escrita por uno de sus compañeros de destierro el P. Félix de Sebastián, quien biografiaba a sus compañeros a medida que fallecían. Daniel Vela, "Landivar", *ASGHG*, año XVIII, t. XVIII, marzo 1943, pp. 327-358, que es una sólida biografía. Perfectamente le sitúa dentro de su época Arnold Lewis Kerson, *Rafael Landivar and the Latin Literary currents of New Spain in the eighteenth century*, Yale University, 1962. Solidísimo estudio es el de José Mata Gavidia, *Rafael Landivar*, Guatemala, Universidad de San Carlos, 1960.

Fuente: Rafael Landivar. *Por los campos de México*. Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942. XXVI-218 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 34), p. 49-59.

EL CULTIVO DE LA GRANA Y LA PURPURA

Después de haber visitado los espejeantes dominios de Neptuno y los reinos de Vulcano, armado de ascuas trepidantes, place contemplar la grana y el múrce y examinar con ojos atentos su artificio.

Tú, virgen Minerva, que tiñes de púrpura los mantos reales entretejidos de oro, vencedora de la doncella Lidia en el arte de la aguja, dime, ¿cuál pródiga región te dio los jugos, y llenó el orbe de grana y múrice tirio? ¿Quién los recoge en los campos, qué semillas arrojan a la tierra, y qué cultivo hace nacer los regios gérmenes?

Florece en el continente occidental una muy noble ciudad, populosa, ataviada de bellas mansiones, insigne por sus mercaderías, augusta por su magníficos templos, a la cual dio nombre ilustre el valle de Oaxaca. Está rodeada la próspera ciudad de campos vastísimos, muy fértiles por su rica gleba; en los cuales las brisas mezclan fríos y calores vehementes, aliviando así con el clima benigno a hombres y ganados.

Lucen los campos embellecidos de perpetuas flores; el árbol feraz cubierto siempre de hojas primaverales, derrochador el uno se encorva al peso de maduras pomas, mientras pródigo el otro reserva tiernos frutos. Puedes luego ver los sabinos levantar su empenachada cabellera, y su tronco robusto, de tal manera se ensancha que ocupa un gran círculo, desenvolviéndose el árbol corpulento en un perímetro de muchos codos.

Entre éstos, por los campos pulula el rico nopal que crece seis codos de altura, sostenido por débil tronco, sin adorno de follajes movedizos, ni sombra que aparte de los ganados los rayos del sol. Pero el vigoroso nopal está cubierto de carnosas pencas entretejidas de recia trama de fibra, las cuales se protegen con blancas púas y se revisten de una verde membrana. Con frecuencia ofrecen la figura de un huevo. Pero a pesar de su compacta y sólida estructura, las pervade interiormente un humor que ha de alimentar en tiempo oportuno a los gusanos de la grana.

Observarás que esta penca no se cubre de ramos, sino que una nueva la corona hincándose inmediatamente en su orilla superior. El nopal también se reviste de flores rojizas que nacen al borde mismo de la hoja, sobre el soporte de un fruto espinoso, en cuyo vértice levántase la flor déforme.

Esta planta sobria no te acarreará fatigas, si quieres arraigarla en los campos. Toma las hojas desgajándoles de nopal lozano, espárcelas en extenso campo, y sea que haya caído en tierra fértil o pobre, o entre ásperos peñascales sedientos, rápidamente otros tantos renuevos producirán frutos con usura.

Esta es la vieja morada, el augusto palacio del gusano de la grana, que gusta alimentarse del suave licor y proliferar abundantemente en las hojas del nopal; en las cuales nace de

antigua estirpe progenitora; lo adornan sencillas costumbres, aborrece la matanza de sus congéneres y el desorden; satisfecho en las húmedas pencas, no provoca lides, no se excita amenazador, ni los jóvenes acometen petulantes a los enemigos inermes.

La sabia naturaleza, al repartir la especie en ambos sexos, dio a cada cual sus propias señales que los manifestaran. De aquí que una pequeña pinta roja marque el dorso de los machos y sean blancas las hembras. Uno y otro visten de tenuísima epidermis, la cual, si fuere manoseada por cruel capricho, la verás que gotea la sangre exprimida.

Se le asemeja en su figura la cochinilla de humedad, sólo que aquélla esconde la cabeza y carece de piernas y talones, reptando desmañadamente por los brazos de la planta; pero de modo tan lento mueve los miembros reptantes que se creería que, adherido a la hoja, sorbiéndole el licor se fortifica el cuerpo en perezosa quietud.

Más para que el insecto pueda beber el jugo del árbol y enriquecer con su propia sangre a los hombres, al retorno de la primavera —cuando el sol resplandece, la sonrisa del césped reverdecido puebla los alegres campos y templada el calor los aires gélidos—, sacan en canastos cubiertos con lienzos de cáñamo los gusanos que la industria precavida ha guardado en los hogares. Después los diseminan en las altas pencas de la planta. Cogiendo con suave algodón los delicados cuerpecillos mezcla la grey de las hembras con los fértiles machos. Al punto la argentada multitud adhiriéndose obstinada al blando nopal, con devoradora vehemencia bebe de sus jugos noche y día. Aquí la frágil hembra, habiéndose ayudado con los perezosos machos, pone sus huevos y produce enjambres innumerables, que acrecientan la nivea población en los nopales. Las crías, imitando a sus padres, reptan y habitan en las verdes hojas, precavidas husmean y chupan las mieles fluidas.

Pero ¿quién hubiera creído que feroces adversarios invaden a esta mansa familia y la entregan a salvaje muerte? Pues, apenas principia a blanquear en las ramas erectas, luego se levanta en los extensos campos un tumultuoso ejército enemigo que se acerca a las hojas y ataca a los inermes gusanos.

La cruel araña, después de enredar al insecto en sus hilos, rasgándole el vientre le chupa las vísceras humeantes. La malvada gallina lo roba con el pico tenaz, si no es que antes gusano advenedizo reptando por los brazos del nopal roa los cuerpecillos indefensos. Más todavía, numerosa legión de pá-

jaros los arrebató con sus picos atroces y remontándose pasea por los aires el triunfo de muerte execrable. Como acostumbra a veces el lobo rapaz, que a impulsos del furor salta el aprisco y acomete a los corderos; secuestrando las crías del regazo materno las despedaza encarnizado, y enfurecido, sangrientas las fauces, devora por el llano a los indefensos, entre los balidos de los restantes.

Por lo cual es necesario mantener el campo limpio de inmundicias que suministren el pútrido alimento a los insectos perniciosos, y arrancar todas las hierbas a fin de que no sirvan de puntales a las hebras nocivas de la araña. Es además provechoso que los criados cuiden solícitamente de ahuyentar las aves dañinas a zurriagazos, y a los cuales, de este modo, tema la audaz gallina. Mas si durante la noche se escurriera furtivamente la araña y despedazara gusanos sanguinariamente, expúlsala luego, arroja sus celadas y la muerte, no sea que se deslice por las pencas la peste corruptora.

Pero no basta preservar la grana de sus encarnizados enemigos, si al mismo tiempo no eres avisado en protegerla de las rígidas rachas de los vientos, y no libras del frío a la purpúrea población. El frío, los aguaceros, los vientos amenazadores presagian terrible suerte a los felices y jóvenes gusanos; pues los campos se teñirán con su sangre cruelmente derramada.

Por ello debes clavar las plantas en alguna elevada ladera que con su ancha estructura refrene el aire helado y aleje el rudo frío de la tierna multitud. Si aún así se viera aterida por la estación glacial, prepara leña, circúndala de fogatas a fin de que entibiándose con las nutridas lumbres resista a la muerte. Mas cuando furioso aguacero irrumpe en los campos o la verberación de la granizada amenaza a los animales, guarece los gusanos con esteras colocadas encima, como acostumbra los indios cubrir todos los años con anchos petates. Ingeniosos, clavan aquí y allí pies derechos que sobrepassen la altura de la extendida nopalera; sobre éstos acomodan un gran techo de gruesas esteras, el cual por medio de una sogá puede ser plegado y desplegado.

Así preservada la cochinilla, va y viene por las verdes pencas; y tras de nutrirse durante un bimestre del nuevo jugo, presenta la prole cuerpos como los de sus viejos progenitores, pues los humores sorbidos se vuelven rojo licor en su delicado vientre. A semejanza del gusano de seda, célebre en todas partes por la tela asiria, el cual alimentándose codiciosamente

de la morera, gusta de parecerse a sus ascendientes en la frondosa belleza de su corpulento desarrollo. Se pace apresuradamente de hojas selectas, que cocidas en su vientre sutil transforma en seda. Así también la nevada cría del nopal, en su tenue estómago elabora el regio color.

Luego que la delicada multitud hubo alcanzado cabal desarrollo y voraz llenó el cuerpo de jugo purpurino, el colono arranca de raíz algunas verdes pencas, pobladas de albeante muchedumbre y la suspende de las vigas en parte idónea de la caliente cocina; o bien, la previsora gente encerrándola en cóncavos canastos cubiertos, la guarda de la rígida racha del helado viento, en reserva de padres para nueva prole.

Con un algodón recogen después diligentemente los gusanos que han quedado en lo alto de las plantas, a fin de dar a los míseros repentina muerte.

El indio los extiende en esteras y riega sobre la inofensiva multitud agua caliente, hasta que la ve perecer toda de muerte cruel, cuando no prefiere —por ciega sed de oro pernicioso— sacrificar en las llamas a los níveos gusanos inocentes. Enciéndese en tal caso un horno con activo fuego, hasta que todo en llamas enrojezca de tanto calor. Después de sacar la lumbre meten los enjambres, los cuales asándose dejan allí su aliento purpurino. O también los riega el indio en espaciosos corrales a que se tuesten bajo el sol ardoroso. Como el gusano de seda que, a su tiempo entregado a inicua suerte, se lo extiende bajo las flechas del sol bruñido en su apogeo, o encerrado en cestos y arrojándolo a las mordientes llamas, se desvanece su vida en el aire letal.

Una vez que con tales tormentos hubieron realizado bárbaramente el sacrificio, sacan de los cóncavos hornos la mansa cochinita; la cual, bajo la blanca epidermis esconde el color carmín, con que tiñen galos, holandeses, venecianos, españoles, ingleses, rusos, belgas y el orbe todo enrojece.

Mas para que alguno no se deje engañar por el espectáculo del lucro, sépase que esta industria la ha reservado el cielo a los colonos indios. Pues algunos codiciosos, con terco empeño tomaron de los nopales la bermeja prole para cultivarla. Pero ésta, acostumbrada a alimentarse de las dulces hojas, o sufre una gran mortandad por el soplo de los vientos, o rehusándose a procrear en los follajes, burla las tentativas del dueño, consumiéndose así el caudal con su inercia estéril.

La raza indía, por el contrario, hecha a los rudos trabajos, ni palidece afeminada bajo las heladas lluvias, ni teme al sol

cuando flamea su quemante antorcha. De aquí que, imperturbable, soporta todos los eventos temibles; la luna, el sol, la lluvia, el frío, el calor; y vigila sin descanso, noche y día, ahuyentando de los albeantes gusanos a los perniciosos enemigos. Improba labor ciertamente, pero acreedora de crecida ganancia.

Ea pues, ahora que las musas favorecen propicias la empresa y la madre Tetis muestra sereno el mar, recogeré por los escarpados litorales el jugo de grana, cuya pérdida, junto con la del múrice, Tiro lamenta para siempre; pero que desde hace algún tiempo resplandece más hermoso en el hemisferio occidental.

Escóndese en las extremas playas de América un gran poblado, que por medio de un río trafica con el mar del Sur y lanza ligeras embarcaciones a la inmensidad. Tórrido siempre por el aire caldeado, pero rico de manantiales, de campos en perpetuo verdor, apacibles sombras de arboledas que amortiguan el fuego solar y refrigeradores frutos para el ardiente calor. Los antiguos indígenas lo apellidaron Nicoya, pero a la púrpura debe su fama y memorable nombre.

Causa sobresalto una larga escollera en el curvo litoral espumoso, roca inmovible bajo los vientos enfurecidos, encañada a las olas enormes. A ella incisivo se adhiere el caracol pequeño de cuerpo, pero insigne por su fulgurante púrpura. Concha sutil le suministra egregio hogar, cuna y triste sepulcro.

Codicioso el indio, lo busca por el peñascoso litoral, y en habiéndolo encontrado lo arranca de la roca y lo guarda en ollas henchidas de agua, hasta que acumula gran cantidad de aquella reptante población.

Tú, antes de arrancar la púrpura del abrupto peñascal, observa si ya la luna nueva recobra su luz, lo mismo que los días exactos desde que comenzó a resplandecer; porque el molusco se llena de jugo cuando la luna creciente levanta los cuernos altivos; pero si la luna fatigándose amortiguara sus luces y lenta desmayara su bicorne fulgor, deja que el espumoso marisco repté por las escabrosidades, a no ser que quieras soportar en vano la penosa faena.

No se oculta este cuerdo proceder a los indios. Buscan el múrice en las ásperas riberas, olvidándose que el don proviene de Febe; pero no lo sacan neciamente de las hondas vasijas, ni extraerán el jugo de la concha hueca, sin antes examinar el cielo con ojo atento. Mas cuando la luna en nuevos

carros irradia sobre las cumbres de la tierra, la gente proveyéndose de pequeños guijarros, extrae las conchas de la olla, las quiebra a golpes, busca con precaución y prontamente descubre el purpúreo color encerrado en el túmido vientre.

Luego, haciendo pasar hilo sobre las conchas abiertas, tiñe el algodón y la seda de rutilante múrice, como nunca Tiro lo produjo igual. Las sedas resplandecen teñidas con el fúlgido y vivo licor, que no se gasta con la vejez prolongada, ni se borra sumergiéndolo en agua de acres lejías. Más aún, la vestidura lavada con frecuencia en agua fría, brilla nítidamente y se complace en burlar todo empeño, manteniendo obstinadamente fijo el eterno color.

¿Quién, finalmente, oh musas, fue el primero que recogió la concha del múrice y enseñó a teñir la lana con el encendido color? Refiérese que en la playa borrascosa del mar fenicio, un mastín arrebató un molusco —riqueza del océano— y se manchó las ávidas fauces con el jugo sangriento. Angustiada toda la casa, creyéndolo herido, le examinan cuidadosamente la cera y el hocico que apretaba, anhelante aún, la bermoja rapiña con crujiertes colmillos. Se esfuerzan en lavar la sangre; pero al limpiar con labios del perro bañados de múrice, toda la mano se pinta, lo mismo que al agua pura; los cándidos linos muestran la marca espectacular de salpicaduras carmesíes; hasta que fue posible arrancar de los teñidos dientes la presa preciosa, y examinar largamente el color esplendoroso.